

Napoleón solícito respecto de los heridos, previno que se cargaran de ellos los carros de los bagajes, é impuso á todo oficial, á todo cantinero, á todo refugiado de Moscou, dueño de un carro, la obligación de tomar parte de esta preciosa carga. A impulsos de su bondad inagotable, adelantó el cirujano Larrey para dedicar á los heridos de Kolotskoi los cuidados que le permitiera su rápida permanencia en aquel punto. Hizo que fueran trasladados aquellos cuyo estado lo consentía, prodigó á los demás los últimos recursos de su arte, y encontrando allí oficiales rusos que le debían la vida y le daban muestras de su agradecimiento, les exigió por única recompensa que, libres dentro de algunas horas y señores de sus compañeros de infortunio, les pagaran el bien que del cirujano en jefe del ejército francés habían recibido. Así lo prometieron todos, y sólo Dios ha podido saber cómo pagaron esta deuda contraída con el mejor de los hombres.

En la mañana del 31 dejó la retaguardia del mariscal Davout estos lugares horrorosos, y fué á pernoctar á mitad de camino de la pequeña ciudad de Ghjat. Una noche sobrevino de las más frías, y ya desde entonces se empezó á padecer de resúltas de la temperatura. Nos seguía el enemigo de continuo con caballería regular, y artillería bien tirada, y una nube de cosacos, todo bajo las órdenes del hetman Platow. Al ejército principal no se le descubría. Después de la jornada de Malo-Jaroslawetz quedó el general Kutusof tan perplejo como triste su adversario. Inspirado por su rara prudencia se decía que no era cosa de correr los azares de choques sangrientos contra un enemigo, á quien el mal tiempo, el cansancio, la miseria le entregarían casi destruído dentro de poco, y que por el contrario, si era acometido cuando aún se hallaba en toda su fuerza, era muy capaz de revolver á semejanza de un jabalí acosado por cazadores, y de asestar golpes mortales á los imprudentes que osaran acercársele mucho. Quería deber modestamente la salvación de su patria al tiempo, á la perseverancia, mejor que á una victoria, gloriosa pero insegura, y con esto se hacía acreedor á la gratitud de su nación y á los elogios de la posteridad. Tanto la juventud presuntuosa y apasionada como los oficiales ingleses que habían acudido á su campo, le asediaban, y le reprendían á menudo por no tentar algo más decisivo contra los franceses, y él se negaba á ello con un valor más meritorio que el que se acredita sobre un campo de batalla. De Barclay de Tolly se había desembarazado, según hemos dicho, y de Bagration le había libertado la muerte. No le quedaban más censores que el astuto y audaz Benningsen, el fogoso Miloradowitch, un estado mayor joven y exaltado, y tenía de sobra para que se le cansara la paciencia, si la tuviera menor y no tan reflexiva. Al día siguiente del combate de Malo-Jaroslawetz, mientras Napoleón retrogradaba hacia Mojaisk, el general Kutusof retrocedía sobre Kalouga, hasta un lugar llamado Gonzerowo, bajo pretexto de cubrir el camino de Medouin, que, permaneciendo en Malo-Jaroslawetz, cubriera mejor de seguro, si bien con la intención positiva de evitar una batalla, de la cual fundadamente quería preservarse.

Noticioso muy luego de que Napoleón había llegado á Mojaisk, siguióle, calculando que, en vez de tomar el camino de Esmolensko ya arruinado, tomaría más al

Norte el que se dirige por Woskresensk, Wolokolamsk, Bieloí sobre Vitebsk, camino en que pensó Napoleón al concebir su gran proyecto ofensivo sobre San Petersburgo, y que efectivamente había hallado provisto el príncipe Eugenio. Así corrió detrás de nosotros hasta cerca de Mojaisk muy inútilmente, dando también el rodeo de Wereja. Echando de ver su yerro, retrocedió camino, y tomó el de Medouin y de Jucknow, lateral al de Esmolensko, que el mariscal Davout propuso en vano. Por este camino iba á flanquear la marcha del ejército francés, á acosarlo al paso, y quizá á tomarle la delantera en algún desfiladero, donde sería posible detenerle. Especialmente desde Jucknow á Viasma había un camino bastante corto y practicable, que por las cercanías de Viasma iba á parar á la carretera de Esmolensko. No fuera imposible llegar allí antes que los franceses y atravesarse de por medio para atajarles el paso; pero el prudente Kutusof distaba mucho de acariciar tales pretensiones. Exponerse á que el ejército francés le arrollara completamente, era un triunfo que no quería proporcionarle, prefiriendo hostigarle de continuo, coparle de vez en cuando algunas columnas retrasadas, renovar este suceso lo más frecuentemente posible, llevarle así hasta Wilna, donde llegaría extenuado, casi destruído, y estando resuelto á hacer que prevaleciera esta táctica nada peligrosa á fuerza de paciencia, y aun de astucia, cuando el uso directo de su autoridad no bastara. De consiguiente prosiguió marchando en el orden prescrito, llevando á nuestra espalda un fuerte destacamento de caballería y de artillería provista de buenos caballos, y manteniéndose personalmente sobre nuestro flanco con el grueso del ejército ruso.

Después de pernoctar entre Borodino y Ghjat, el mariscal Davout, siempre encargado de la retaguardia, fué á dormir á Ghjat mismo. De día en día era más ardua la retirada, porque de día en día se hacía el frío más intenso y apretaba más el enemigo. De la caballería del general Grouchy no quedaba nada. Así la infantería estaba condenada á hacer sola el servicio de la retaguardia, y á desempeñar el papel de todas las armas á un mismo tiempo. A menudo necesitaban hacer cara á la artillería enganchada del enemigo, haciendo quedado la nuestra incapaz de moverse de resúltas de la fatiga de los caballos. Mas los veteranos infantes del mariscal Davout valían para todo; ya detenían á los jinetes enemigos con sus bayonetas, y se lanzaban sobre su artillería y se apoderaban de ella, bien que tuviesen que abandonarla seguidamente en el camino, contentándose con haberse librado de sus destrozos durante algunas horas. Poco á poco era menester ir separándonos de la nuestra. A elegir entre las bocas de fuego y las arcas de municiones, valiera más abandonar las primeras, puesto que había dobles ó triples cañones de los que pronto podrían ser arrastrados y servidos, al par que las municiones siempre debían de ser provechosas. Pero las bocas de fuego serían trofeos dejados en poder del contrario, y el mismo orgullo que nos retuvo en Moscou tanto tiempo, inspiró la orden de conservar las piezas de artillería y de destruir las arcas de municiones, cuando llegaran á faltar los tiros de caballos. Al principio resistió el mariscal Davout esta orden, mas al fin obedeció, y siniestras explosiones repetidas muchas veces al día revelaban al ejército el aumento de sus apuros.

Otra causa de constante pena era el abandono de los heridos. A medida que la inquietud se acrecentaba también el egoísmo, y los miserables conductores de carros, á quienes fueron confiados los heridos, aprovechándose de la noche, los arrojaban por los caminos, y la retaguardia los encontraba muertos ó moribundos. Su vista exasperaba á los soldados que permanecían fieles á sus banderas. Se castigaba á los delincuentes siempre que se podía; pero en medio de la confusión naciente era difícil descubrirlos. En Malo-Jaroslawetz dispuso Napoleón que se numeraran los carros á los cuales se confiaban los heridos, más la vigilancia que suponía tal providencia se hizo imposible al cabo de dos marchas. A cada paso se renovaba el espectáculo de los heridos abandonados, sin quebrantar á los veteranos del mariscal Davout, acostumbrados á la rigurosa disciplina del primer cuerpo, si bien cuantos no habían sido inspirados por el mismo espíritu reflexionaban que la adhesión era un engaño y desertaban de las filas. De continuo se prolongaba la cola del ejército, compuesta de jinetes desmontados, de soldados cansados, desalentados ó enfermos, y marchando todos sin armas. Allí habían ido á eludir el cumplimiento de sus deberes de toda clase los aliados ilirios, anseatas, españoles, holandeses, pertenecientes al primer cuerpo, y entre los franceses los reclutas, los prófugos, arrancados recientemente á su vida errante, siguieron igual ejemplo. Bajo pretexto de ir en busca de víveres se alejaban de las filas, y después de arrojar el fusil se iban á ocultar entre la innumerable muchedumbre, que detrás del ejército lo pasaba como podía. Los soldados de la retaguardia, que debían alcanzar á esta muchedumbre en los pasos difíciles y en los vivaques de la noche, veíanla engrosar con pena, con ira, porque agravaba sus apuros, y era un refugio para los que rehusaban dedicarse á la salvación común. De veintiocho mil hombres, que al salir de Moscou componían el primer cuerpo, ya no se contaban más que veinte mil á lo sumo á los once días de marcha, y castigar á los que desertaban de las filas, ya muy difícil á la salida de Moscou, se iba á hacer imposible. Lo propuso el mariscal Davout á Napoleón que, no queriendo ver con sus ojos los males, cuya realidad le hubiera confundido y condenado, prefería achacar la culpa al carácter del mariscal, demasiado minucioso y exigente, según su dicho, y á cada una de sus instancias respondía con la orden de andar más de prisa.

A dormir fué Davout á Ghjat el 31 de octubre por la noche. Al aproximarse á esta ciudad quiso hacer un gran forraje á derecha é izquierda del camino con columnas de infantería ligera, á falta de caballería, y caminar despacio para dar tiempo á sus columnas de registrar las aldeas y de recoger víveres tanto para el primer cuerpo como para la hambrienta muchedumbre que le seguía. Pero la caballería contraria se presentó tan numerosa sobre nuestros flancos y nuestra espalda, que no fué posible alejarse ni retardar la marcha, y hubo que renunciar á medida tan juiciosa y que vivir á la aventura.

Al dejar á Ghjat el 1.º de noviembre sabía el mariscal que en la aldea de Czarewo-Zaimitche hallaría un desfiladero difícil donde era de esperar grande embarazo. Había que cruzar un riachuelo pantanoso, precedido y seguido de terrenos que lo eran de igual manera, donde no se podía pasar más que por una estrecha calzada,

que debía ser obstruída muy luego. Previendo esta dificultad, hizo que se instara al príncipe Eugenio para que acelerase el paso, prometiendo por su parte retardarlo cuanto pudiera. A pesar de estas precauciones el cuerpo del príncipe Eugenio agolpóse al paso de este desfiladero, y bajo el peso cedió el puente. Queriendo desembarazar el camino, algunos carros de artillería probaron á vadear el riachuelo y lo consiguieron del todo: otros se atollaron y fueron obstáculo á los que les seguían, de manera que el desorden llegó á su colmo. Poco antes de anochecer llegó el primer cuerpo á esta acumulación triste que era forzoso proteger contra el enemigo, cada vez más numeroso y más molesto, porque después de haber tenido sólo á Platow á nuestra espalda, ya teníamos á Miloradowitch sobre nuestro flanco.

A los pocos instantes, una masa de caballería, acompañada de mucha artillería, cubrió con sus fuegos tanto la columna del príncipe Eugenio, agolpada en torno del puente, como las divisiones del primer cuerpo. El intrépido general Gerard, jefe de la división de Gudín, alineóse en batalla á la extrema retaguardia, y viósele ora alejar con su artillería la del enemigo, ora correr personalmente á la cabeza de un batallón sobre las baterías contrarias para cogerlas ó obligarlas á la fuga. Así protegió durante la caída de la tarde y parte de la noche toda especie de derrota, siempre acudiendo á lo más recio del peligro. Durante este mismo tiempo el mariscal, ya con el general Gerard, ya con los zapadores del primer cuerpo, estaba ocupado en dirigir el combate, en restablecer el puente roto, en echar caballetes en otros puntos, y en hacer que fuera avanzando la muchedumbre. Él, sus generales y los soldados de la división de Gerard pasaron esta noche de pie, sin comer ni dormir, exclusivamente dedicados á la salvación del resto del ejército.

Al despuntar la aurora del día siguiente 2 de noviembre, el mariscal Davout suplicó de nuevo al príncipe Eugenio que anduviera de prisa á fin de llegar el día 3 muy temprano á Viasma, donde Napoleón se hallaba desde el 31 y apretaba para que llegase pronto la retaguardia, y donde efectivamente era de temer que se encontrara al grueso del ejército ruso desembocando por el camino de Jucknow. Gastóse todo el día en adelantarse hasta Federowskoie, que se halla á corta distancia de Viasma, y se convino en que al día siguiente partiría el príncipe Eugenio á las tres de la madrugada. Desgraciadamente este joven príncipe, dotado de cualidades caballerescas, si bien no sabía ejercer el mando con la puntualidad y el brío que el mariscal Davout, no supo hacer partir sus tropas á tiempo, y tanto fué así que á las seis de la mañana aún no estaban en marcha. El primer cuerpo, que iba detrás, necesitaba esperar á que fuesen pasando las tropas del príncipe Eugenio, los rezagados y los bagajes, y de consiguiente hasta muy tarde no se pudo poner en camino. Para ganar el tiempo perdido hizo cuanto estuvo á su alcance,

A legua y media de Viasma se divisó al enemigo de pronto hacia la izquierda del camino, y sus balas fueron á caer en medio de la masa desbandada, que iba detrás del ejército y delante de la extrema retaguardia. A cada descarga de la artillería rusa, todo eran gritos desgarradores y oscilación espantosa entre aquella muchedumbre impotente, compuesta de soldados desarmados, de

heridos, de enfermos, de mujeres y niños. El cuarto cuerpo, que era el del príncipe Eugenio, se esforzaba por hacerla avanzar camino y aun la maltrataba á menudo, creyéndose los soldados fieles á sus banderas en el derecho de menospreciar á los que de grado ó por fuerza la habían abandonado. Finalmente, empujando el cuerpo del príncipe Eugenio hacia adelante á la masa que le servía de embarazo, había llegado á conseguir que desfilara casi del todo, cuando aprovechándose parte de la caballería enemiga del hueco dejado entre las dos brigadas de la división de Delzóns, atravesóse de por medio é interceptó el camino. Era la caballería de Wasiltchikoff, que con numerosa artillería vino á obstruir el paso, mientras desplegada la del general Korff á la izquierda del mismo camino, le cubría también con sus proyectiles. Cortados se hallaban los franceses y era forzoso abrirse calle.

Una brigada de la división de Delzóns y los restos de Poniatowski se hallaban detenidos por la maniobra del contrario y repelidos sobre la cabeza del primer cuerpo, cuyas cinco divisiones se adelantaban en buen orden y dirigidas por el mariscal Davout en persona. Recelando éste que se pudiera hallar á Kutusof con todo el ejército ruso en Viasma, donde el camino de Jucknow venía á juntarse al de Esmolensko, confirmando en esta conjetura las frecuentes apariciones de caballería regular, tomó todas las precauciones y marchaba en orden de batalla. De sus veteranos generales, Gudín había muerto; Friant estaba tan gravemente herido que no se podía tener en pie; Compáns se hallaba herido en el brazo desde la jornada del Moskowa, y Morand en la cabeza. Éstos dos últimos venían á caballo á pesar de sus heridas. Gerard no había cesado de montar igualmente. Todos rodeaban al mariscal y dirigían las reliquias del primer cuerpo, reducido á quince mil hombres, de veinte mil que le quedaban en Mojaïsk, de veintiocho mil que contaba todavía en Moscou, de sesenta y dos mil que tenía al pasar el Niemen. Veteranos eran todos que podían triunfar solamente por su naturaleza.

Al ver sorprendida y arrollada la cola del cuarto cuerpo el bravo general Gerard, que formaba con su división la vanguardia, aceleró el paso, y por entre un vivísimo fuego de artillería corría hacia los cañones del enemigo para apoderarse de ellos. No le esperó la caballería de Wasiltchikoff que los cubría, y se escapó al galope. Mas detrás de esta caballería se encontraba ya en batalla la infantería del príncipe Eugenio de Wurtemberg, que tuvo tiempo de cortar el camino, mientras la de Olsoufief llegó á flanquearlo. En derechura marchó la división de Gerard contra la del príncipe Eugenio de Wurtemberg, á quien amenazaban coger de flanco la segunda brigada de Delzóns y los restos de los polacos situados á la derecha del camino. Miloradowitch, que mandaba, no se atrevió á mantener esta posición y trasladó la división de Eugenio de Wurtemberg á la izquierda de la carretera. Así volvió á quedar abierto el paso. Algunos escuadrones de caballería rusa, arrollados hacia nuestra derecha y también cortados, sufrieron un violento fuego de fusilería al volver á pasar á nuestra izquierda.

Libertadas por el primer cuerpo la segunda brigada de Delzóns y los polacos, se apresuraron á entrar en

Viasma á paso de carrera, con el fin de cruzar el riachuelo de este nombre, que divide la ciudad en dos, y de desembarazar el camino. Sin pelear conviniera cruzar el Viasma de ser posible, agravándose cada vez más la suerte de los heridos, y no necesitando la moral del ejército de lides para subir á todo su auge. Pero asomando á cada instante nuevas masas enemigas por el flanco del camino y apareciendo en la dirección de Jucknow el grueso del ejército ruso, era inevitable el combate y había que prepararse á sostenerlo.

Al estampido del cañoneo detuvo el mariscal Ney su cuerpo en el instante de salir de Viasma, y se dirigió personalmente adonde se hallaban Davout y el príncipe Eugenio. Entre ellos se convino en desplegarse delante del camino de Jucknow para hacer frente á Kutusoff, llegado efectivamente con el grueso del ejército ruso, situando Eugenio la división de Broussier entre Viasma y el cuerpo de Davout, y formando éste en batalla á la izquierda del camino para contener á Miloradowitch. Cuantos no tenían obligación de estar en línea, especialmente las divisiones de Delzóns y de Poniatowski, los bagajes, los desbandados, recibieron orden de cruzar á toda prisa los puentes del Viasma y de ganar con toda la presteza posible el camino de Dorogobouga.

Defensa natural formaba en torno de la ciudad hacia el lado de Jucknow un riachuelo que desagua en el Viasma. Ney se situó detrás con las divisiones de Razout y Ledrú, reducidas á seis mil hombres: puso todos sus cañones en batería, y con su gallardo continente transmitió su intrepidez al alma de sus soldados, que veían, no sin algún sobresalto, adelantarse contra ellos las columnas compactas del ejército ruso. Broussier formó el punto de enlace entre Viasma y el cuerpo del mariscal Davout. Éste alineó en batalla sobre el flanco del campo sus divisiones tercera y cuarta á las órdenes del general Compáns, y detrás de ellas la división de Gerard para que las sirviera de apoyo. Llegado Morand con la primera división, que era la suya, con la segunda, que era la de Friant, apoyó su derecha en Compáns, y la espalda en el camino real, que tuvo cuidado de despejar, formando gancho con su izquierda replegada. No tenía el primer cuerpo en estado de servicio más de cuarenta bocas de fuego, aunque se le obligaba á arrastrar consigo ciento veintisiete.

Miloradowitch comenzó el cañoneo con cien bocas de fuego, é hizo que dispararan á muerte contra las cinco divisiones del mariscal Davout. Nuestras cuarenta piezas le respondieron con ventaja. Fogoso como era Miloradowitch no se atrevió á atacar á aquel imponentísimo frente de veteranos, y contentóse con emplear su artillería en contra de ellos. Apareciendo la cabeza del ejército ruso delante del riachuelo, que cubría Ney, se puso á cañonear por su lado, pero Ney le respondió al punto con una granizada de balas. Así permanecieron durante algún tiempo unos enfrente de otros, ocupados en cruzar un vivísimo fuego de artillería, y guardándose bien el enemigo de acometernos, aun cuando hubiera debido agobiarnos, por hallarse en proporción de cuatro contra uno. Para nosotros ya era tiempo de emprender la retirada, pues habíamos impuesto al ejército ruso lo bastante para que se abstuviera de toda formal tentativa, y porque, adelantándose la noche, convenía cruzar el Viasma. Mientras el general Broussier se retiraba sobre

esta pequeña ciudad, aprovechando la circunstancia de estar más cerca, desfilaron las cinco divisiones del mariscal Davout, después de hacer fuego cada línea al replegarse y pasar por entre los huecos de la línea siguiente, que hacía fuego á su vez para proteger el movimiento de las columnas en retirada. Estos movimientos se ejecutaron como sobre un campo de maniobras. Sintiendo maltratado por la artillería enemiga el regimiento 85 que pertenecía á la división de Dessaix y formaba la derecha del mariscal Davout, se abalanzó á ella, la hizo suya, y trajo tres piezas que hubo que abandonar por falta de tiros. El general Morand fué el último que quedó en batalla para proteger la retirada de todos. Replegóse á su turno, y siendo acosado vivamente, hizo alto el regimiento 57, volvió caras, se dirigió á bayoneta calada contra los rusos, rechazólos, y después tornó á tomar el camino de Viasma. Desgraciadamente era de noche: súbitamente fué invadida por el enemigo la parte de la ciudad más acá del Viasma, como que la retirada del mariscal Ney la dejó al descubierto. Allí se le encontró y fué necesario un choque de los más violentos para abrirse calle. En esta confusión perdiéronse dos bocas de fuego. Como no había más que dos puentes sobre el Viasma, uno dentro de la ciudad y otro fuera, produjeron algún desorden la afluencia de tropas, la obscuridad y el fuego de la artillería. A fuerza de repetidas cargas el brioso regimiento 57 contuvo á los rusos y protegió el paso.

Esta jornada nos costó de mil quinientos á mil ochocientos soldados de los más veteranos y de los mejores. Siendo mejor servida nuestra artillería lo menos tuvo el enemigo doble número de hombres fuera de combate; pero sus heridos no estaban perdidos, á la par que era imposible salvar ni uno solo de los nuestros. La absoluta falta de asistencia, el frío que comenzaba á ser intenso y sobre todo la crueldad de paisanos feroces condenaban á morir á cuantos se dejaban por los caminos. De consiguiente no se abandonaba un campo de batalla sin tener el corazón lacerado, y se necesitaba el sentimiento del honor militar en este ejército, el ascendiente de sus generales heridos mandándolo con una banda al brazo ó con la cabeza vendada, para mantener una adhesión tan cruelmente galardada. Al entrar en Viasma no se halló ningún medio de subsistencia. Todo lo habían devorado la guardia y los demás cuerpos que iban por delante. De los víveres de Moscou no quedaba nada. Siendo la noche oscura y fría hubo que pasarla en un bosque, encendiendo grandes hogueras y asando carne de caballo. Los soldados del príncipe Eugenio y especialmente los del mariscal Davout, que hacía tres días se hallaban en pie de continuo, se acostaron delante de los fuegos de sus vivaques y durmieron profundamente. Ya era el 3 de noviembre y hacía quince días que estaban encargados de cubrir la retirada. Más de la mitad de su fuerza efectiva habían perdido. Napoleón resolvió que tomaran algún descanso y que Ney los reemplazara en la retaguardia, y no lo hizo por espíritu de justicia, sino al contrario. Se quejaba de que habían marchado muy lentamente: viviendo en medio de la guardia, que formaba la cabeza del ejército, que consumía lo poco que aún se hallaba por los caminos, y dejaba á los que iban detrás solamente caballo muerto, nada veía de la retirada ni quería verlo tampoco, á

causa de que asistiera muy de cerca á las consecuencias horrorosas de sus faltas. Negarlas prefería, y yendo dos marchas delante de la retaguardia, no presenciando ninguno de sus apuros, persistía en quejarse de ella en vez de ir á dirigirla.

No se necesitaba á la sazón de grandes concepciones, sino de valor para ver con sus propios ojos todo el mal que había causado, estar á caballo de día y de noche para presidir el paso de los ríos, el restablecimiento de los puentes, el desfile de la muchedumbre inerme, para sostener con su ascendiente la quebrantada autoridad de sus generales, para compartir equitativamente las dificultades con ellos, reservarse la mayor parte, morir de fatiga si era forzoso, pues era autor de todo padecimiento y de toda muerte, sonreirse ante los rostros abatidos, apaciguar los semblantes furiosos, exponerse hasta á los arrebatos de la desesperación, pues se podían encontrar muy terribles. Lejos de esto, Napoleón, no por flaqueza, sino por substraerse al espectáculo acusador de esta retirada, no abandonaba la cabeza del ejército, y ora á pie, ora á caballo, y más frecuentemente en carruaje, pasaba horas enteras sin proferir una palabra con Berthier consternado y Murat casi sin aliento, submergido en un abismo de reflexiones desconsoladoras, de las cuales no salía, sino para quejarse de sus lugartenientes, como si todavía pudiera inducir á engaño á nadie, censurando á otros que á sí mismo.

Desde Malo Jaroslawetz no había hablado con el mariscal Davout, que fué siempre á la retaguardia. Al verle de nuevo tuvo con él una explicación de las más vivas. Aunque amoldado el mariscal á la obediencia de aquel tiempo, tenía un orgullo, que no podía doblegar autoridad alguna. Amargamente defendió el honor del primer cuerpo. De ningún cargo eran merecedores oficiales como los generales Compáns, Morand, Gerard, siempre á caballo á pesar de sus heridas. No se defendió el mariscal Davout á sí propio, mas hizo la defensa de sus lugartenientes, dignos tan sólo de homenajes. Napoleón callóse, pero hasta el día de su partida del ejército apenas cruzó con el mariscal Davout una palabra, si bien después de todo el silencio no era para éste un castigo. Mas como el despotismo necesita de víctimas que ocupen su puesto, cuando la opinión pública censura sus errores, fué aquí sacrificado este ilustre personaje, como en Portugal lo fué Massena. Haciéndose eco de Napoleón se dieron á repetir que no había observado una conducta digna de su gran carácter en esta retirada. Tan verdad era esto como que Massena fué causa de las desventuras del ejército en la Península. Durante quince días, con incansable vigilancia, con una firmeza fría, si bien incontestable, había dirigido una retirada de las más arduas, heredando todos los embrazos que los demás le echaban encima, y viviendo de lo que le dejaban, ó lo que es lo mismo, de nada. A la verdad las tropas del príncipe Eugenio se habían agolpado con alguna precipitación á Viasma, en el momento en que, desembarazadas por el primer cuerpo, se apresuraban naturalmente á atravesar el desfiladero. Marchando con imperturbable sangre fría, el primer cuerpo fué quien cubrió á todo el mundo. ¡Y se le acusaba de haberse desbandado! ¡Y la cabeza del ejército, provista, sino de todo, al menos de cuanto quedaba en aquellas desoladas campiñas, y no teniendo jamás á la espalda

al enemigo, hablaba así de la retaguardia. Hasta el mariscal Ney, cuya razón no igualaba á su denuedo, incurrió en la falta de soltar algunas especies análogas contra su camarada. Muy en breve iba á hacer una gloriosa, pero terrible experiencia del papel de la retaguardia (1).

Napoleón llegó el 5 de noviembre á Dorogobouga, el príncipe Eugenio el 6, y los demás cuerpos el 7 y el 8. Hasta aquí el frío había sido sensible, molesto, pero no mortal todavía. De repente el 9 se cargó la atmósfera de sombríos vapores y cayeron sobre la tierra torrentes de nieve impulsados por un violentísimo viento. Nuestros regimientos, salidos de Polonia con un calor sofocante, llevados á Moscou con el designio de fijar allí la residencia, dejaron en los almacenes de Dantzick el vestuario de más abrigo, y creyeron que para ellos sería bastante encontrarlo en Wilna. Algunos soldados tenían pieles cogidas en Moscou, pero eran en número escaso, habiéndolas vendido la mayor parte á sus oficiales. Bien alimentados pudieran aguantar el frío, que aun no era más que de 9 á 10 grados de Reaumur; pero manteniéndose con un poco de harina desleída en agua, con carne de caballo asada en la lumbre de los vivaques, durmiendo en el suelo sin tiendas ni abrigo, debían ser trabajados cruelmente hasta por fríos inferiores á los que ya habían experimentado tanto en Alemania como en Polonia. Esta primera nieve caída después de pasar de Dorogobouga, aumentó la miseria general sobremanera. A excepción de la retaguardia, que Davout había dirigido con firmeza inflexible, que ahora dirigía Ney con una energía de valor y de buena salud que no podía menoscabar padecimiento alguno, el sentimiento del deber empezaba á abandonar á todos. Sólo el cañón restituía el honor, la dignidad y el valor á aquellos soldados extenuados. Todos los heridos habían sido abandonados, y soldados aliados, cuyo cuerpo no designamos, encargados de escoltar prisioneros rusos, se desbarazaban de ellos levantándoles la tapa de los sesos á tiros. Todo el que se hallaba atacado de tan general contagio de egoísmo, tan de bulto en las grandes calamidades, no pensando más que en sí propio, desertando de las filas para buscarse la subsistencia, iba á acrecentar la muchedumbre errante é inerme, que al salir de Dorogobouga ascendía á cerca de cincuenta mil individuos, incluso los fugitivos de Moscou y los conductores de bagajes. Más de diez mil soldados habían ya muerto por los caminos, y apenas quedaban cincuenta mil hombres sobre las armas. Desmontada estaba toda la caballería, salvo la de la guardia. Sin embargo, ya sólo había que hacer tres marchas para llegar á Esmolensko, y una vez allí esperábase encontrar almacenes, víveres, vestuario, abrigo, refuerzos y murallas fortificadas. Esta esperanza sostenía el corazón del ejército. ¡Esmolensko, Esmolensko! era el grito que salía de todas las bocas. Se contaban las leguas, las horas. ¡Nunca después de la tempestad se deseó más vivamente ningún puerto!

(1) El príncipe Eugenio de Wurtemberg, uno de los narradores extranjeros más equitativos, dice, á propósito de las quejas del mariscal Ney contra el primer cuerpo, estas palabras: *pero Ney no se hallaba este día en la posición escabrosa de su colega.* — El príncipe Eugenio de Wurtemberg alude á la jornada de Viasma.

(N. del A.)

Pero noticias funestas fueron á asaltar á Napoleón en Dorogobouga; noticias desfavorables de las operaciones militares sobre las alas, noticias extrañas de Francia, donde el gobierno había sido atacado audazmente, pues, según dice el vulgo, bien vengas mal si vienes solo.

Sobre las dos alas del ejército se habían desarrollado los planes del enemigo por completo. Después de haberse unido el almirante Tchitchakoff á Tormazoff con cerca de treinta mil hombres y de sucederle en el mando de los dos ejércitos reunidos, tomó la ofensiva en septiembre contra el príncipe de Schwartzberg y el general Reynier, que mandaban el cuerpo austro-sajón con mucho concierto, aunque sin grande energía. El nuevo general ruso empujó por delante desde la línea del Styr á la del Bug á los dos generales aliados. No teniendo éstos en totalidad más que treinta y cinco mil hombres, veinticinco mil austriacos y diez mil sajones, no creyeron que debían arriesgar una batalla, cuya pérdida hubiera descubierto la derecha del grande ejército y alarmado á Varsovia, ya harto asustadiza. De consiguiente retrogradaron hasta Brezesc, y fueron á meterse en los pantanos de Pinks, su ordinario asilo. No había por qué censurarles. El general Reynier no podía ser más emprendedor que el príncipe de Schwartzberg, y éste por su parte no hubiera podido hacer mucho más de lo que hacía, y no por traición, ni por tibieza, sino por circunspección extremada. Encargado de la suerte de un ejército de treinta mil hombres, ya reducidos á veinticinco mil por las pérdidas de la campaña, ponía su honor de militar y su deber de ciudadano en conservarlo, y quizá á esto se aplicaba más que á hacerlo provechoso. Tratado por Napoleón con bondad infinita, mostrándosele agradecido, incapaz de venderle, ni aun á medias, se dedicaba sólo á procurar no salir batido, y aunque seguro del porte honroso de sus tropas una vez roto el fuego, conocía tan á fondo su frialdad por la causa en que se les había empeñado, que no quería exigir demasiado de ellas. Reforzado con diez mil hombres, según había solicitado, pudiera mostrarse más atrevido, pero resuelto el gobierno austriaco á mantenerse en la medida que prometió secretamente guardar á Rusia, no se afanaba por acrecer su participación en la guerra. Cuando más, consentía en completar con un refuerzo de cinco ó seis mil hombres los treinta mil del cuerpo auxiliar dado á Napoleón desde el principio. A la verdad en Galitzia tenía un ejército que hubiera podido operar contra la Volhynia, si bien atrajera á Galitzia á los rusos, con los cuales se había comprometido á no pasar la frontera mientras no la pasaran ellos; á esto llamaba francamente *la neutralización de Galitzia*, y deseaba no salir de situación semejante.

Por sí solas bastaran estas disposiciones, aun no agregándose los sucesos militares á ellas, para hacer al príncipe de Schwartzberg circunspecto de sobra. Noticioso de que al fin llegaba un refuerzo de cinco á seis mil hombres, anunciado desde mucho antes, dejó al general Reynier detrás de los pantanos de Pinsk, y fué á alargar la mano á dicho refuerzo, que se adelantaba por Zamosc. Después de unirsele volvió por Brezesc á juntarse al general Reynier, quien por su parte aguardaba á una división francesa de doce á quince mil hombres, á la división de Durut, sacada del cuerpo de Augereau, y compuesta de los batallones procedentes de las islas

de Walcheren, de Ré, de Belle-Isle. Napoleón destacó del cuerpo de Augereau la división ésta, contando para reemplazarla en Alemania con la soberbia división de Grenier que llegaba de Italia. Habiendo recibido el príncipe de Schwartzberg de cinco á seis mil hombres de refuerzo, y estando el general Reynier en vísperas de recibir de doce á quince mil, se iban á hallar á la cabeza de más de cincuenta mil soldados, y en aptitud de hacer cara á los sesenta mil del almirante Tchitchakoff. Pero mientras empleaban el tiempo en movimientos desbarajustados, para ir el uno al encuentro de los austriacos, que avanzaban por Zamosc, y el otro al de los franceses que iban por Varsovia, ateniéndose el almirante Tchitchakoff á las instrucciones que le había enviado Alejandro por conducto de Mr. de Czernicheff, dejó al general Sacken con veinticinco mil hombres delante de los generales aliados, y marchó con treinta y cinco mil sobre el alto Berezina, á fin de alargar la mano al conde de Wittgenstein, encargado de repeler al mariscal Saint-Cyr de las márgenes del Dwina y de ir al encuentro del ejército de Moldavia. Lo más sencillo fuera seguir al almirante Tchitchakoff, pero no columbrando bien el príncipe de Schwartzberg y el general Reynier las intenciones harto oscuras de los rusos, no sabían qué partido tomar, entre Sacken á quien tenían delante, y Tchitchakoff, de quien se decía que estaba camino de Minsk. En medio de estas vacilaciones, dejaban que el almirante diera cima á su movimiento.

Esto es lo que Mr. de Basano comunicaba á Napoleón sobre el estado de las cosas hacia la derecha, es decir, hacia la Volhynia y el bajo Dnieper. Aún iban peor hacia la izquierda, es decir, junto al Dwina alto y bajo. Después de permanecer el mariscal Macdonald durante los meses de septiembre y octubre agitando en vano cerca de Dunaburgo con una división polaca de siete u ocho mil hombres para dos fines, sin que lograra ninguno de ellos, el de cubrir el sitio de Riga y el de mantenerse en comunicación con el mariscal Saint-Cyr, fué trasladado al bajo Dwina para sostener á los prusianos contra las tropas de Finlandia, llevadas á Livonia, según los ajustes de Rusia con Suecia. Definitivamente lanzado á la sazón fuera del radio de las operaciones del grande ejército, vióse condenado á una larga inutilidad, según había temido.

Aun habían pasado en el mismo Polotsk más tristemente las cosas. Embarcadas las tropas de Finlandia para Revel, después de perder alguna gente por efecto de accidentes de mar, tomaron tierra en Livonia, marcharon sobre Riga, ayudaron al general Essen en las operaciones que habían llamado al mariscal Macdonald hacia el bajo Dwina, y remontaron de seguida este río á las órdenes del conde de Steinghel en número de doce mil hombres. Reforzado Wittgenstein por estas tropas y por algunas milicias, que todas juntas elevaban su cuerpo á cuarenta y cinco mil hombres, resolvió tomar la ofensiva para obligar al mariscal Saint-Cyr á que evacuara á Polotsk y para ir á dar la mano al almirante Tchitchakoff sobre el alto Berezina. Conforme al plan enviado desde San Petersburgo, el conde de Steinghel debía cruzar el Dwina por más abajo de Polotsk para inquietar al mariscal Saint-Cyr por su espalda, y facilitar así la operación proyectada en su contra.

Ante las hostilidades con que el mariscal Saint-Cyr

estaba amenazado, habiendo pasado muchos trabajos durante los meses de septiembre y octubre para vivir en un país arruinado por el paso de las tropas de todas las naciones, demandando vanamente subsistencias á Wilna, que no se le podían enviar por falta de medios de transporte, no pudo rehacer su cuerpo ni restablecer su efectivo. No ascendía á más de quince ó diez y seis mil hombres el segundo cuerpo á las órdenes del mariscal Oudinot, de los cuales doce mil eran franceses y los demás croatas ó suizos. Disminuídos hasta tres mil los bávaros, se aumentaron hasta cinco ó seis mil con algunos reclutas. De consiguiente el mariscal Saint-Cyr contaba á lo sumo veintiuno ó veintidós mil soldados contra los cuarenta y cinco mil rusos, de los cuales treinta y tres mil le iban á asaltar directamente, y doce mil le debían coger por la espalda, cruzando más abajo de Polotsk el Dwina. Por fortuna el mariscal Saint-Cyr era hombre de recursos, tenía una posición ya muy estudiada, buenos soldados, excelentes lugartenientes, y estaba resuelto á disputar bien el terreno.

Situada la ciudad de Polotsk, según hemos dicho, en el seno del ángulo que forman el Polota y el Dwina hacia su confluencia, había sido cubierta con obras de campaña de bastante buena defensa. A la izquierda, protegiendo el Polota el frente de la posición y la mayor parte de la ciudad, se sembraron reductos bien armados; á la derecha, en la abertura del ángulo formado por los dos ríos, se construyeron obras de tierra, y pudiendo trasladarse con presteza las tropas de uno á otro frente, se hallaban en aptitud de hacer cara por todas partes. A la izquierda, y detrás de las obras del Polota más fáciles de defender, colocó el mariscal Saint-Cyr á la división suiza y croata; y á la derecha, hacia la abertura del ángulo, por donde el ataque ofrecía más probabilidades de éxito, á las divisiones francesas de Legrand y Maisón, capaces de hacer frente á un enemigo muy superior en número. Más acá del Dwina estaban los bávaros con la caballería destacada á lo lejos para observar y contener á las tropas de Finlandia, que se disponían á cogernos por la espalda. En lo interior de Polotsk había muchos puentes, que debían servir para el paso del ejército en caso de retirada forzada. En esta posición aguardó el mariscal á pie firme los dos ataques con que estaba amenazado.

Habiendo avanzado el enemigo sucesivamente hacia nuestras posiciones durante los días 16 y 17 de octubre, vino á atacarlas resueltamente el 18 por la mañana.

El conde de Wittgenstein, cuyas determinaciones inspiraba un joven oficial, hábil y fogoso, que más tarde había de ganar alto renombre, el general Diebitch, trasladó sus mejores y más numerosas tropas hacia nuestra derecha, sobre la abertura del ángulo formado por el Polota y el Dwina. Su designio era atraer todas nuestras fuerzas hacia aquella parte, la más accesible de nuestra posición, y hacer en seguida que el príncipe de Jackwill con el resto del ejército se apoderara del Polota, desguarnecido de tropas.

Con efecto, desembocando atrevidamente los rusos por nuestra derecha, se aproximaron sin saberlo á las baterías situadas en Struwnia, las cuales flanqueaban la parte descubierta de la ciudad. Conviniera dejarles llegar sin hacer fuego, para ametrallarlos á muerte cuando ya retrogradar no les fuera posible. Pero ardorosos los